

No he olvidado nada, le respondí, pero antes que militar fui mexicano.

En esto llegamos á la esquina del Puente de Alvarado, donde me despedí de Zuloaga y los que le acompañaban.

La Sra. Viuda del Conde del Peñasco, que estaba en la ventana de su casa, me llamó, y me hizo mil súplicas para que entregase la Acordada; diciéndome que el partido conservador era el de la gente decente, que yo estaba fuera de mi lugar, y que podía evitar las desgracias que ocurrirían al ser atacado el punto.

Con la debida atención le contesté que no me era posible complacerla, manifestándole las razones que me obligaban á obrar como lo hacía. Con esto me despedí de la señora y regresé á mi punto.

El día diecinueve de Enero llegó el Presidente Comonfort á la Acordada, por primera y única vez, á la hora del armisticio. Aproveché la ocasión para mostrarle la posición crítica en que nos encontrábamos.

Lo hice subir á la azotea; y se convenció de que era absolutamente imposible colocar en ella un solo hombre que no fuese muerto en el acto, lo mismo que sucedía en el Hospicio.

Le hice ver que no había más defensa posible que en la parte baja de los edificios y que no podía prolongarse por mucho tiempo.

Me aseguró que en el momento en que se iniciara un ataque sobre la Acordada, él estaría con toda la tropa disponible que hubiera.

Al despedirse me dijo que se llevaba el batalloncito de 150 hombres que estaba en el cuartel. Yo le manifesté mi sorpresa de que fuese á debilitar el punto en vez de fortalecerlo.

Me contestó que aquella fuerza la retiraba porque no tenía confianza en ella, pero que ya tenían orden las fuerzas que se retiraban de Casa Mata y Santa Fé, para replegarse á la Acordada, lo que verificarían aquella misma noche. Por supuesto que las tales tropas nunca llegaron ni se supo de ellas.

Cuando se marchó el Sr. Comonfort, fui á quejarme de lo ocurrido con el Coronel Flores, y me dijo que á él le había sucedido otro tanto, pues sólo le había dejado poco más de sesenta hombres, la mayor parte sacados de la cárcel, y tres oficiales no muy buenos; siendo así, que él tenía que atender al frente del Hospicio, que veía á San Diego, y á la espalda que daba á la Ciudadela.

Convenimos en que nos habíamos de auxiliar mutuamente, y me retiré con el corazón oprimido al ver lo que pasaba.

Poco después de haberse marchado el Presidente, y concluido que fué el armisticio, comenzaron á hacer fuego sobre la Acordada las diez piezas de la Ciudadela, y de los puntos inmediatos rompieron el fuego de fusilería.

Esta función duró dos horas, sin más resultado que haber causado algún destrozo en las paredes y ocasionado algunos heridos y contusos.

Amaneció el veinte de Enero, día en que iba á resolverse la cuestión que por tanto tiempo había hecho sufrir á la Capital.

Desde la noche anterior, á pesar del armisticio, los pronunciados habían salido de la Ciudadela, y siguiendo la línea de puntos *F. F.*, atravesaron por la Carrocería de Wilson, penetraron en la manzana del Hospicio por la parte Sur, y avanzaron por medio de horadaciones hacia la parte ocupada por las tropas del Gobierno.

Al amanecer, gran número de tropas reaccionarias habían penetrado hasta ponerse casi bajo de nuestros fuegos, esperando sólo la hora en que terminara el armisticio, que sería á las once de la mañana, para lanzarse al asalto.

Varias gentes del pueblo vinieron á avisarnos lo que pasaba, y nos preparamos á la lucha.

Envié al 2º Ayudante D. Enrique Thauvin á prevenir al Sr. Comonfort de lo que pasaba, y ocurrió al llamado del Coronel Flores al Hospicio. Se hallaba aquel en una azotea de la calle de Revillagigedo. Me dijo que creía que en cuanto concluyera el armisticio, se verifi-

caría irremisiblemente el asalto, y me señaló los puntos en donde sospechaba que se ocultaba el enemigo. Me enseñó también un papel escrito con lápiz que un hombre del pueblo había arrojado á la azotea con una piedra. El papel decía así: "Cuídense mucho; porque ya los tienen debajo."

Poco faltaba para que concluyera el armisticio, y me fuí á mi punto, quedando muy formalmente comprometidos Flores y yo en auxiliarnos.

Thauvin llegó de Palacio diciendo que el Sr. Comonfort lo había recibido con mal modo, diciéndole que si teníamos miedo, nos enviaría hábitos de fraile para que pudiéramos escapar; que cuando fuese necesario, él estaría en la Acordada con todas las fuerzas disponibles.

La incomprensible conducta que observaba el Sr. Comonfort embrollaba mis ideas; pero en el fondo de mi alma presentía que seríamos abandonados al furor de nuestros enemigos.

A la primera campanada de las once, el enemigo rompió sobre nosotros el fuego de fusil, desde todos los puntos que nos rodeaban, y de donde el tiro pudiese ser eficaz.

De las diez piezas de explanada de la Ciudadela, dedicó algunas á batir las torrecitas de la Capilla del Hospicio, y el resto á la Acordada.

Bajo estos fuegos, comenzaron á avanzar por las horadaciones las columnas que tenían á prevención los reaccionarios. Las conducían Osollo, Miramón, Liceaga y otros jefes de los más acreditados de su partido.

Para la defensa no había más que el Coronel Flores con un puñado de no muy buenos soldados.

A poco de haberse empeñado el combate, el Coronel Flores me mandó decir que lo auxiliase con algunos soldados, porque con los que tenía no podía cubrir todos los ataques que hacía el enemigo.

Tomé veinte hombres, debilitando para ello los distintos puntos que cubrían, y yo mismo los conduje por el callejón, hasta entregarlos al Coronel Flores, que luchaba en las horadaciones, conteniendo con dificultad á

sus soldados, y obligándolos á veces á empujones, á entrar al peligro.

Como el enemigo notase la comunicación que se efectuaba en la Acordada y el Hospicio, por el callejón angosto que separaba estos edificios, desde el momento colocó un cañón que tirase sin descanso enfilando, y como el espaldón ó parapeto que lo defendía, era de tercios de tabaco picado, las balas pasaban como por un pliego de papel.

Allí se había colocado un pequeño destacamento para que estuviese en observación de la Ciudadela; pero como de permanecer tras del parapeto no hubiera quedado ni un solo hombre, fué necesario que entraran á la pieza que servía de comunicación, y sólo el centinela colocado en la puerta, observaba el campo enemigo.

Había pasado una hora desde que comenzó el ataque, cosa que debía saber muy bien el Sr. Comonfort, tanto porque se le mandó decir con tiempo que seríamos atacados, como porque el cañoneo de la Ciudadela era demasiado vivo para no dejar comprender lo que pasaba.

El Coronel Flores no podía sostenerse por más tiempo. Me mandó decir que las torrecitas de la Capilla habían venido abajo, y que, si no le enviaba refuerzos, no contenía más el enemigo. Dejando aun más debilitados los puntos, le llevé personalmente un nuevo auxilio, y regresé á mi lugar.

Poco tiempo había pasado cuando me mandó pedir más tropa. Entonces invité á los que de buena voluntad quisieran seguirme, reuniendo unos doce ó catorce hombres.

El parapeto que miraba al Paseo quedó únicamente con las dos piezas y media docena de soldados; las aspilleras que veían á la huerta de San Diego, con diez ó doce.

De la guardia de la cárcel no era posible echar mano sin correr el peligro de un conflicto con los presos, que aguardaban una ocasión para fugarse. Además, aquella fuerza no se hallaba á mis órdenes.

Conduje, pues, aquel pequeño y último auxilio al Hospicio. Cuando apenas acababa de entrar por la puerta que daba al callejón de la Acordada, el destacamento que cubría el parapeto saltó por encima de él, y poniendo culatas arriba, emprendió carrera para la Ciudadela.

Al entrar al primer patio del Hospicio, encontré al Coronel Villagra que entraba por la puerta de la calle conduciendo cien hombres de carabineros.

Lleno de alegría corrí á darle un abrazo por el oportuno auxilio que traía, y sin dejar de marchar, le recordé que habíamos estado juntos en la defensa del Fortín de la Tenería contra los Americanos.

En esto, observando que la tropa traía los marrazos envainados, la arengué é hice que los armaran.

Conduje al Coronel Villagra con su tropa á las horadaciones, donde lo dejé instalado, extrañando el no haber encontrado allí al Coronel Flores.

Los cien hombres de carabineros los había enviado el General D. Angel Frías, que mandaba el punto de San Francisco, desesperado al ver que prolongándose tanto el ataque, como la resistencia del Hospicio, nadie se movía á socorrerlo.

Al pasar por el primer patio del Hospicio, para regresar á la Acordada, hallé al Coronel Flores con ocho ó diez hombres que le quedaban, haciendo fuego por la puerta que conduce al jardín, ya ocupado por el enemigo.

Le dí parte de la llegada de los carabineros, para que dispusiera de ellos como le pareciera.

Como se vé, la cosa estaba completamente perdida, si no llegaba pronto en nuestro auxilio una fuerza considerable; por lo que pensé un momento sacar mi caballo, que con los demás de artillería estaba en el patio. Pero pensé en seguida, que yo debía correr la suerte de mis compañeros, y desistí de mi primera idea, dejando los caballos, porque no había donde tenerlos, en la Acordada. Era prematuro abandonar el punto; y si el enemigo ocupaba el Hospicio, ya sería imposible verificarlo.

Hacia pocos momentos que había llegado á la Acordada, y me ocupaba en ver si se podían tomar algunas

medidas de resistencia, cuando noté que el Coronel Flores salía solo del Hospicio.

Al preguntarle si todo estaba perdido, me dijo que los carabineros, al ser arengados por sus oficiales, que venían con los asaltantes, se habían pasado al enemigo, facilitándole así la posesión del Hospicio, y que él apenas había tenido tiempo de escapar.

En esto observé que uno de los cañones se hallaba sin artilleros en el parapeto que veía hacia la Alameda. Preguntando la causa, se me contestó que el Alférez D. Platón Sánchez lo había clavado.

A esto no tuve nada que decir, porque ocupado el Hospicio, el enemigo pronto aparecería por la azotea sobre nuestras cabezas, y de nada nos servirían los cañones.

Se iban á cumplir dos horas de combate, y no había ni apariencias de que pudiéramos recibir auxilio.

Comofort, desde que comenzó el fuego, se fué con las fuerzas disponibles á la calle de San Pedro y San Pablo, (Montepío Viejo), es decir, al extremo opuesto de la ciudad, donde tuvo la tropa formada en batalla, descansando sobre las armas, repartiéndole fruta.

En las angustiadas circunstancias en que nos hallábamos, conferenciamos sobre lo que podíamos hacer, y convencidos de que nos hallábamos en poder del enemigo, resolvimos rendirnos.

En consecuencia, se tocó á parlamento repetidas veces, cuyo toque no fué contestado; se puso bandera blanca; todo fué inútil.

El enemigo apareció en la azotea del Hospicio, al mismo tiempo que llegaba á mata-caballo, á la Acordada, Porfirio García de León, enviado por el señor Comofort.

“Señor Balbontín,” me dijo, “ordena el señor Presidente que se sostenga el punto á todo trance: que ya viene en marcha con una columna.”

“Dígale vd. al Presidente, le contesté, que nos hemos sostenido cuanto ha sido posible, y que su auxilio llega tarde.”

“¡Porfirio, viva el ejército!” gritó el Capitán D. Rafael Bringas, que armado de fusil y cartuchera apareció en la esquina de la azotea del Hospicio, con un grupo de oficiales, también armados de fusiles.

¿Qué es esto? me preguntó Porfirio. Es el enemigo, le contesté.

¡Porfirio, viva el ejército! repitió Bringas; y mirando que Porfirio no contestaba, le apuntó y disparó.

Saliendo Porfirio de su estupor, volvió grupas, y azotando su magnífica yegua, desapareció como una exhalación, no sin que le siguieran haciendo fuego.

Como el edificio del Hospicio quedaba un poco saliente de la Acordada, resultaba dominado completamente el pedazo de calle en que estábamos encerrados.

En el parapeto del Paseo habían quedado, como llevo dicho, media docena de soldados, y, esos, batidos por la espalda desde el Hospicio, tuvieron que refugiarse en el portalito que terminaba la hilera de casas que veía al Sur.

De los pocos hombres que cubrían las aspilleras abiertas sobre la huerta de San Diego, no se podía disponer, porque en aquellos instantes era casi seguro que los del convento prepararían un ataque en combinación con los que ocuparon el Hospicio.

La caballería, pié á tierra, tenía á su cargo la defensa de la espalda de la Acordada, en toda la parte baja del edificio, cuyo punto tampoco podía abandonarse; ni aquella era arma á propósito para luchar con la infantería, como tal, ni el número que se hubiera podido sacar suficiente, ni el tiempo necesario para la operación nos lo daría el enemigo.

Este no debía tardar en aparecer por la puerta del Hospicio y por el callejón, sin que hubiera posibilidad de detenerlo, pues el parapeto que veía á la Alameda, daba la espalda precisamente para el callejón, y quedando debajo del Hospicio, no podía ser ocupado cuando el enemigo cubría la altura.

En aquellos angustiados momentos, los presos de la cárcel, que no bajarían de 700, hacían esfuerzos pode-

rosos para romper las puertas de sus prisiones, bastando apenas la guardia de 40 ó 50 hombres que allí había, para contenerlos.

Iba, pues, á verificarse una crisis terrible, y yo comprendí que si no me sustraía de la vista del enemigo, en los primeros momentos, indudablemente sería sacrificado sin fruto alguno.

No había, pues, tiempo que perder. Un momento de indecisión podía costarme la vida, cuando ya el combate había terminado.

Subí, pues, á la Acordada; y hallando al Alcaide, que lo era D. Luis León, le manifesté que corría riesgo de ser fusilado si caía en poder del enemigo.

León me condujo, pasando por varias piezas, al departamento de las presas, y abrió un cuartito muy pequeño en el que había gran cantidad de sacos á tierra que las reclusas habían cosido para la defensa del punto, y de los que no se había hecho uso, por ignorarse su existencia.

En esto advertí que el clarín de órdenes que me acompañó durante el combate, me seguía; le hice entrar conmigo, y León cerró la puerta, alejándose precipitadamente.

Un silencio profundo reinó por algunos momentos, pero luego fué interrumpido por carreras y gran vocerío que daban los soldados al invadir la cárcel, persiguiendo, á lo que parecía, á las presas, que corrían dando gritos espantosos.

Un grupo de soldados que se acercó al cuarto, comenzaron á dar con las culatas en la puerta, con ánimo de derribarla. Si por desgracia la puerta hubiese cedido á la violencia que se le hacía, probablemente hubiera yo sido muerto por aquellos soldados furiosos, á lo menos así lo pensaba yo en aquellos momentos; pero sin que me diera cuenta de lo que pasaba, repentinamente los soldados abandonaron su tarea y se retiraron con precipitación.

A poco rato el estallido del cañón, que disparaba con frecuencia, es:remecía las paredes del edificio.

Era que las tropas de Comonfort llegaban en auxilio de la Acordada, cuando esta había sucumbido.

Pensé que si triunfaba Comonfort, me salvaría; pero esto era casi imposible, encerrado como se hallaba en la Alameda, cuando el enemigo ocupaba todas las alturas.

Convencido de la imposibilidad en el triunfo de Comonfort, me resigné con mi suerte y esperé.

En esto, se aproximaron algunos hombres armados con barretas, y comenzaron á horadar la pared del cuarto; pero noté que trabajaban en silencio, sin proferir injurias ni amenazas, cuya circunstancia me inspiró alguna confianza.

Por fin, cayó un pedazo de pared, suficiente para dar paso á un hombre, y el clarín salió inmediatamente.

Yo, que estaba en un ángulo del cuarto, sentado sobre un tercio de sacos de tierra, permanecí inmóvil.

Entonces, oí una voz que dijo: "salga vd. Señor Balbontín."

No hubo más remedio que salir.

Tenía yo mi piqueta abrochada, la espada ceñida, el kepí en la cabeza, en las manos los guantes y el fute, y en las botas, puestos los acicates.

Así me presenté al comandante Larrumbide, que era el que me llamaba.

En el acto me dió el brazo y salimos de la prisión. (1)

En el camino le dije que la noticia que tenía de que me querían fusilar, así como la esperanza de no caer prisionero, me habían obligado á ocultarme.

Larrumbide no me contestó.

En la puerta de la Acordada me dijo que lo esperase un momento, y me dejó solo, entretenido en ver cómo se batían los que ocupaban el parapeto que veía á la Alameda.

Desde luego habían cerrado la calle, extendiendo el parapeto que antes formaba una escuadra, y colocando en él dos cañones.

(1) Noté que la mayor parte de los presos habían forzado las puertas de los calabozos, y se hallaban libres.

El coronel D. Juan Zamora que los mandaba, había llegado á donde yo estaba, y después de saludarme, me dijo que me quitase de aquel sitio, porque podían herirme.

Le contesté que allí me habían dicho que esperase.

Volvió el comandante Larrumbide, y me invitó á que lo siguiera. Tomamos por la espalda de San Diego, Callejón de Sombrereros y calle de San Hipólito, hasta la Iglesia. En este tramo, sufrimos el fuego que de la Minería y el Hospital de terceros hacían.

Subimos á la torre de San Hipólito, donde se hallaba mi amigo el General reaccionario D. Luis G. Osollo, dirigiendo á las tropas que avanzaban sobre la línea del Gobierno, á cuyo efecto tocaba personalmente el clarín.

Presentado que fui á él, por Larrumbide, recogió mi espada, que hasta entonces conservaba, y ordenó á Larrumbide que me condujera á la Ciudadela, diciendo que no dispusiesen de mí, hasta que él llegase.

Esto me hizo conocer que Osollo aprovechó el momento en que todos se hallaban entretenidos en el combate, para librarme de los ultrajes que podían haberme inferido, y acaso de la muerte.

Nos pusimos en marcha desandando la calle de San Hipólito, siempre bajo el fuego, y tomamos por el Paseo Nuevo.

Al llegar á la Ciudadela, el General Zuloaga me dió un abrazo, diciéndome que ya que había cumplido con Comonfort, quedaba libre para abrazar su causa.

En la oficina de cuenta y razón encontré al Coronel Flores, y á ambos nos mandaron traer de comer. Durante la comida, dije yo algunas palabras inconvenientes respecto de los que con tanta facilidad habían pasado de un bando al otro. Esto cambió, con justicia, la buena disposición que hasta entonces se nos manifestaba.

Terminada la comida, se nos preguntó si dábamos nuestra palabra de honor de no intentar fuga, y habiendo contestado afirmativamente, se nos condujo al departamento llamado "Sub-inspección," donde se nos alo-